

Índice

Carlistas de carne y hueso. Prólogo de <i>Jordi Canal</i>	9
Introducción	17
Capítulo 1. Análisis prosopográfico	39
1.1. Origen geográfico.....	39
1.2. Edad y experiencia bélica antes de 1833.....	48
1.3. Carácter voluntario o forzoso	51
1.4. Carrera profesional (1833-1839).....	54
1.5. Condición social y familia	56
Capítulo 2. Estudio de la trayectoria histórica tras la guerra de los Siete Años	59
2.1. El alcance de la adhesión al Convenio de Vergara y el primer exilio (1839).....	59
2.2. La intervención en la <i>Octubrada</i> (1841) y sus consecuencias	66
2.3. La sublevación montemolinista y el tercer exilio (1848).....	70
2.4. De 1849 a la última guerra carlista.....	75
Conclusiones	81
Semblanzas personales de militares carlistas navarros (1833-1849)	89
Índice alfabético	557
Bibliografía	565

Prólogo

Carlistas de carne y hueso

En *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, Marc Bloch definía la historia como «la science des hommes, dans le temps». Esto es, en traducción literal de Pablo González Casanova y Max Aub, «la ciencia de los hombres en el tiempo» –una de las múltiples ocupaciones de este escritor español, nacido en París, en el exilio mexicano, tras la aventura real y terrible de los campos, que inspiró sus principales creaciones literarias¹. Han pasado más de siete décadas desde que este historiador francés, padre de la escuela de los *Annales* junto con su colega Lucien Febvre, fijara las anteriores palabras en una obra destinada a convertirse en un clásico. *La Apologie pour l'Histoire* fue escrita en la primera mitad de los años cuarenta del siglo XX, entre la caída de Francia en mayo-junio de 1940 –Bloch fue movilizado en 1939 y consiguió evitar, después del fiasco, la cautividad, instalándose con su familia en el centro de Francia, en zona no ocupada por los alemanes hasta 1942, momento en el que optó por entrar en la Resistencia– y su fusilamiento, tras ser detenido, interrogado y torturado por la Gestapo en Lyon, el 16 de junio de 1944. El texto quedó sin terminar a su muerte y fue publicado póstumamente, al igual que iba a ocurrir con *L'étrange défaite* (*La extraña derrota*)². Marc Bloch no

1. Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, edición anotada por Étienne Bloch, París, Armand Colin, 1993, pp. 51-52. La traducción del original, que había sido publicado en 1949, en Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 16.

2. Marc Bloch, *L'étrange défaite. Témoignage écrit en 1940* [1946], París, Gallimard, 1990. Una tardía traducción española, en *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2003. Cfr. Jordi

dejó de leer, investigar y escribir en los agitados y peligrosos años postreros de su vida. La redacción de *L'étrange défaite* tuvo lugar en los meses de julio, agosto y septiembre de 1940, inmediatamente después de los acontecimientos que se intentaba analizar y explicar. *La Apologie pour l'histoire* constituye una introducción y una guía de la historia y del oficio de historiador. A pesar de los esfuerzos dedicados a esta empresa, sobre todo a partir de 1941-1942, quedó al final, sin embargo, como ya he comentado, inconclusa. Se trata, sin lugar a dudas, de un par de obras extraordinarias.

La definición de la historia de Marc Bloch sigue manteniendo hoy su validez, aunque podrían introducirse, sin alterar su esencia, tres pequeños matices –o no tan insignificantes, quizás– fruto de los nuevos tiempos y, asimismo, del avance de los conocimientos y de las discusiones historiográficas y científicas. En lugar de la ciencia, algunos optan por aludir más precisamente a una ciencia social. Otros, entre los que me cuento, preferimos cuestionar el propio concepto de ciencia, asumiendo que entre la química o la física, pongamos por caso, y la historia existen distancias algo más que parciales. Bloch era ya claramente consciente de ello al distinguir entre ciencias del hombre y de la naturaleza. La clásica y fundadora oposición disciplinar entre la historia como ciencia y la literatura como forma e invención, por otra parte, ha devenido obsoleta y merece ser repensada en profundidad tras las experiencias de la segunda parte del siglo XX. La historia resulta, por consiguiente, una supuesta o pretendida ciencia; una «ciencia» particular, en cualquier caso. El segundo de los cambios afecta a la palabra «hombres», a la que, a principios del siglo XXI, se ha impuesto la necesidad de asociarle «mujeres» si pretendemos aludir a toda la especie humana. Esta añadidura no altera, más allá de la precisión en el lenguaje y lo políticamente correcto, las intenciones últimas del autor. La referencia al tiempo, finalmente. La historia, sostiene Karl Schlögel, no se desenvuelve solamente en el tiempo, sino también en el espacio³. Ello resulta tan obvio que los historiadores han

Canal, *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 65-75.

3. Karl Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica* [2003], Madrid, Siruela, 2007, p. 13. Del mismo autor, cf. *Terror y utopía. Moscú en 1937* [2008], Barcelona, Acantilado, 2014.

acabado por olvidarlo. No se trata, en ningún caso, de plantear, como se ha producido en algunos ámbitos, un giro espacial (*spatial turn*) o de adherirse a la denominada historia espacial, sino simplemente de hacer notar que en nuestra aproximación a los hombres y mujeres en el tiempo no podemos dejar a un lado el espacio. Tras esta triada de matices podemos concluir, en definitiva, que la historia es la supuesta ciencia que se ocupa de los hombres y las mujeres en el tiempo y, también, en el espacio.

Los hombres y las mujeres, esto es, los individuos, constituyen, por tanto, el objeto principal de la historia. En el territorio de la historia contemporánea –estas reflexiones resultan aplicables a otros periodos, evidentemente, pero me interesa aquí concentrarme en los estudios que se han ocupado de los siglos XVIII al XXI– se ha producido una excesiva perversión de este principio. Las personas han quedado subsumidas por las estructuras o los grupos sociales (Estado, nación, clase, raza, género) y su individualidad ignorada y puesta simplemente al servicio de una entidad mayor significativa. O bien, en otras ocasiones, se han convertido en simples números o porcentajes. El resultado, en todos los casos, supone una pérdida de humanidad y conciencia. El economicismo y otros determinismos, el estructuralismo y el marxismo constituyen algunas, aunque no la totalidad, de las tendencias responsables de esta situación. Los protagonistas del pasado dejaron de ser, en fin de cuentas, hombres y mujeres de carne y hueso. Recuperar esta condición se hace imprescindible en esta nueva centuria. Resulta necesario traspasar, asimismo, el muro interpretativo que se ha ido creando a lo largo de los años, involuntaria o voluntariamente, a fin de poder acercarnos a los problemas, intenciones, razones y discursos reales de los individuos del pasado, frecuentemente muy diferentes de los que les han sido atribuidos por los historiadores. Separar las vivencias y los intereses de unos y otros se me antoja primordial. Se trata de devolver a aquellos hombres y mujeres una presencia y una voz que han perdido en demasía en nuestras historias. Margaret R. Somers ha hecho referencia, en este sentido, a una epistemología de la ausencia⁴.

La historiografía del carlismo no es una excepción. El bosque no nos ha permitido frecuentemente ver los árboles. El exceso de historia al servicio del

4. Margaret R. Somers, «Class Formation and Capitalism. A Second Look at a Classic», *European Journal of Sociology*, 37-1, 1996, pp. 180-202.

carlismo y el anti-carlismo, las afirmaciones no demostradas, las aproximaciones deterministas o la ciega confianza en los porcentajes acabaron ocultando a los verdaderos protagonistas de esta historia, es decir, los carlistas. La crisis terminal de las líneas «neos» en la historiografía –neo-carlismo y neo-tradicionalismo–, junto con la notoria pérdida de peso del marxismo y el economicismo primario, han dejado finalmente abierto, en estos inicios del siglo XXI, un enorme campo de reflexión y de estudio en torno al carlismo y a la contrarrevolución hispánica, cada día más ajeno –afortunadamente– a conmemoraciones, maniqueísmos, prejuicios y mistificaciones de toda ralea⁵. Se impone, en este marco, una relectura más humana del fenómeno carlista, que tenga en cuenta, como ya he apuntado en otras ocasiones, los elementos políticos, sociales y económicos, pero también los culturales⁶.

En este libro, que tengo el honor de prologar, Ángel García-Sanz Marcotegui y Javier Ruiz Astiz hacen una interesante y meritoria aportación al conocimiento de los carlistas de carne y hueso. García-Sanz Marcotegui ha mostrado ya en sus anteriores y muy numerosos estudios los grandes conocimientos que atesora sobre la historia del carlismo y la historia de la Navarra contemporánea, una región y una sociedad mucho más complejas y plurales de lo que se ha venido afirmando con excesiva recurrencia. La importancia del carlismo en Navarra resulta ratificada, mientras que la imagen de la Navarra carlista se confirma como un mito, hábilmente alimentado sobre todo en las décadas de 1930 y 1940. No faltan estudios sobre el carlismo navarro elaborados en los últimos veinticinco años. Además de Ángel García-Sanz Marcotegui y sin ninguna pretensión de exhaustividad, debe citarse entre los historiadores más destacados a Juan Pan-Montojo, Francisco Santos Escribano, Ramón del Río Aldaz, Gloria Dorado Montero, Eduardo Martínez Lacabe, Manuel Martorell, Pablo Larraz Andía, Francisco Javier Caspistegui o Javier Ugarte.

La pregunta fundamental que guía este libro es, sin duda, de sentido común –aunque no está de más recordar que, como reza la expresión popular,

5. Jordi Canal, «El carlismo en España: interpretaciones, problemas, propuestas», *Trienio*, 49, 2007, pp. 193-215.

6. Jordi Canal, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

este es el menos común de los sentidos—, pero no siempre ha sido bien formulada: ¿cuáles fueron las razones que llevaron a tantas personas en el pasado a identificarse como carlistas y a movilizarse por las ideas, símbolos, mitos, promesas u oportunidades que ofrecía esta cultura política y movimiento? Tiene razón García-Sanz Marcotegui cuando asegura que, en este tema, no hemos llegado con harta frecuencia más allá de las generalizaciones. Aportar respuestas a partir de un análisis acotado en el espacio, en el tiempo y en determinados segmentos de la adscripción contrarrevolucionaria augura buenos resultados. Aunar una causa común y motivaciones personales de lo más plural y diverso nos abre las puertas a una complejidad ineludible. Lo individual ocupa el primer plano en la indispensable vía hacia una edificación de lo colectivo que no se imponga como propuesta cerrada y determinante. La reconstrucción y el estudio de las vidas, en especial vinculadas a la carrera militar, de los jefes y oficiales carlistas navarros de la guerra de los Siete Años (1833-1840) permite, como el lector podrá comprobar leyendo las páginas de este libro, conocer con más profundidad a los protagonistas de unos conflictos que marcaron profundamente la historia de Navarra y de España, en general, y, asimismo, comprender la compleja evolución, no lineal y compuesta por sucesivas amalgamas, desestructuraciones y recomposiciones, de un movimiento caracterizado, en algunos territorios como Navarra muy especialmente, por su larga duración.

Los 465 individuos que constituyen la muestra analizada en esta obra —en orden alfabético, del cirauquiarro Pantaleón Antonio Abárzuza Arellano hasta Javier Zurbano Echaury, nacido en 1806 en Aoiz— representan cerca de dos tercios del total de los jefes y oficiales carlistas navarros de la primera de las carlistadas, lo que la convierte en ampliamente representativa. De cada uno de ellos se ha conseguido averiguar el nombre y apellido(s), así como el lugar y fecha de nacimiento y la condición social; los antecedentes militares y el empleo o grado inicial en las filas carlistas, además de la fecha y las circunstancias, como leva o voluntariedad, de la incorporación a ellas; la adhesión o no al Convenio de Vergara (1839) y, en este último caso, el paso por el exilio y el retorno; el posible apoyo a la sublevación moderada de Leopoldo O'Donnell en Pamplona, en 1841, conocida como la *Octubrada*, y la participación o no en las revueltas montemolinistas entre 1846 y 1849, en la guerra de África de 1859-1860 e, incluso, en la segunda guerra carlista (1872-1876); y, por último, algunas vicisitudes personales o actuaciones relevantes, los car-

gos de representación política, si fuera el caso, o la existencia de escritos de estos militares o sobre ellos. Todas estas informaciones han permitido la elaboración de completas microbiografías, como las denomina el propio Ángel García-Sanz Marcotegui en la introducción del trabajo. Los materiales utilizados por los autores son muy numerosos y variados. La reconstrucción ha resultado posible gracias a la recolección y cruce de informaciones procedentes del Archivo General Militar de Segovia, el Servicio Histórico Militar, el Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Navarra, el Archivo Diocesano de Pamplona y el Archivo Municipal de Pamplona, así como del fondo Pirala, custodiado en la Real Academia de la Historia. Los expedientes militares constituyen el punto de partida de esta sólida investigación. A las anteriores fuentes archivísticas se suman las periodísticas –con especial atención a la *Gaceta Oficial*, de Oñate, y la *Gaceta de Madrid*– y las bibliográficas, desde las biografías de navarros de Javier Ibarra hasta la obra monumental de Melchor Ferrer, sin olvidar, entre otros, el *Zumalacárregui* (1946) de José María Azcona.

Casi la mitad de los jefes y oficiales de la lista tratada nacieron en la Zona Media de Navarra, un territorio ya identificado por Pan-Montojo y el propio García-Sanz Marcotegui como el auténtico «país carlista». La ciudad de Pamplona no se queda atrás. Coinciden dichos datos con los que se dispone sobre la procedencia de los soldados de las tropas del pretendiente don Carlos. Y contrastan, al mismo tiempo, con los que conocemos sobre el campo liberal, que indican como zonas principales de origen de los combatientes las que se encuentran más al norte y más al sur de Navarra. Todo ello obliga a cuestionar la supuesta hegemonía del carlismo en toda Navarra. La idea de un carlismo navarro básicamente campesino queda reafirmada, mientras que la que pone en relación carlismo y vascofonía, en cambio, no encuentra demasiado sustento. La mitad de los individuos de la muestra tenía menos de 26 años en 1833 y solamente algo más de 4 de cada 10 poseía entonces experiencia militar, ya fuese por haber participado en la guerra de la Independencia o, sobre todo, por formar parte de las tropas realistas del Trienio liberal o de los Voluntarios realistas. De todos ellos, solamente una parte se alistó voluntariamente en las tropas anti-liberales. La variedad de situaciones merece una seria reflexión. Igualmente como el hecho de que ninguno mención la defensa de los fueros entre los motivos de adhesión al carlismo. El fuerismo carlista de la guerra de los Siete Años, como hemos defendido buen

número de historiadores, tiene más de mito que de realidad. Significativos son, asimismo, los datos sobre la adhesión en 1839 al Convenio de Vergara: los que se acomodaron a ello, llamados «convenidos», superan a los que se negaron y acabaron acompañando al pretendiente legitimista al exilio francés. No debe subestimarse, sin embargo, la participación de «veteranos» carlistas en el alzamiento de O'Donnell en 1841 ni en las campañas montemolinistas.

Podría seguir comentando entusiasmado otros aspectos destacados del interesante estudio que estoy prologando y llenar con ello varias páginas más, pero me parece que va a ser mejor que el lector se adentre ya en el libro y compruebe personalmente que estamos ante un excelente trabajo. Continuidades y discontinuidades conviven en esta historia de los carlistas, alejándonos de una demasiado lineal historia del carlismo. Los carlistas, como cualquier persona, como cualquier hombre de carne y hueso –entre los jefes y oficiales, y tampoco entre los soldados, excepto algunos casos raros de travestismo, muy celebrados por la literatura, no había mujeres–, tenían ideas y convicciones, pensaban y sentían, creían y se emocionaban, tenían miedo y eran valientes, se adaptaban a las circunstancias y cambiaban a veces de opinión. Vivieron en una época muy agitada y la indeterminación presidió frecuentemente sus vidas. Tener en consideración todos estos aspectos, como se hace aquí, permite adentrarnos en la complejidad de una historia más humana. Una historia, en definitiva, para retomar las palabras de Marc Bloch, que se ocupe verdaderamente de los hombres (y las mujeres) en el tiempo (y en el espacio).

Jordi Canal
(EHES, París)